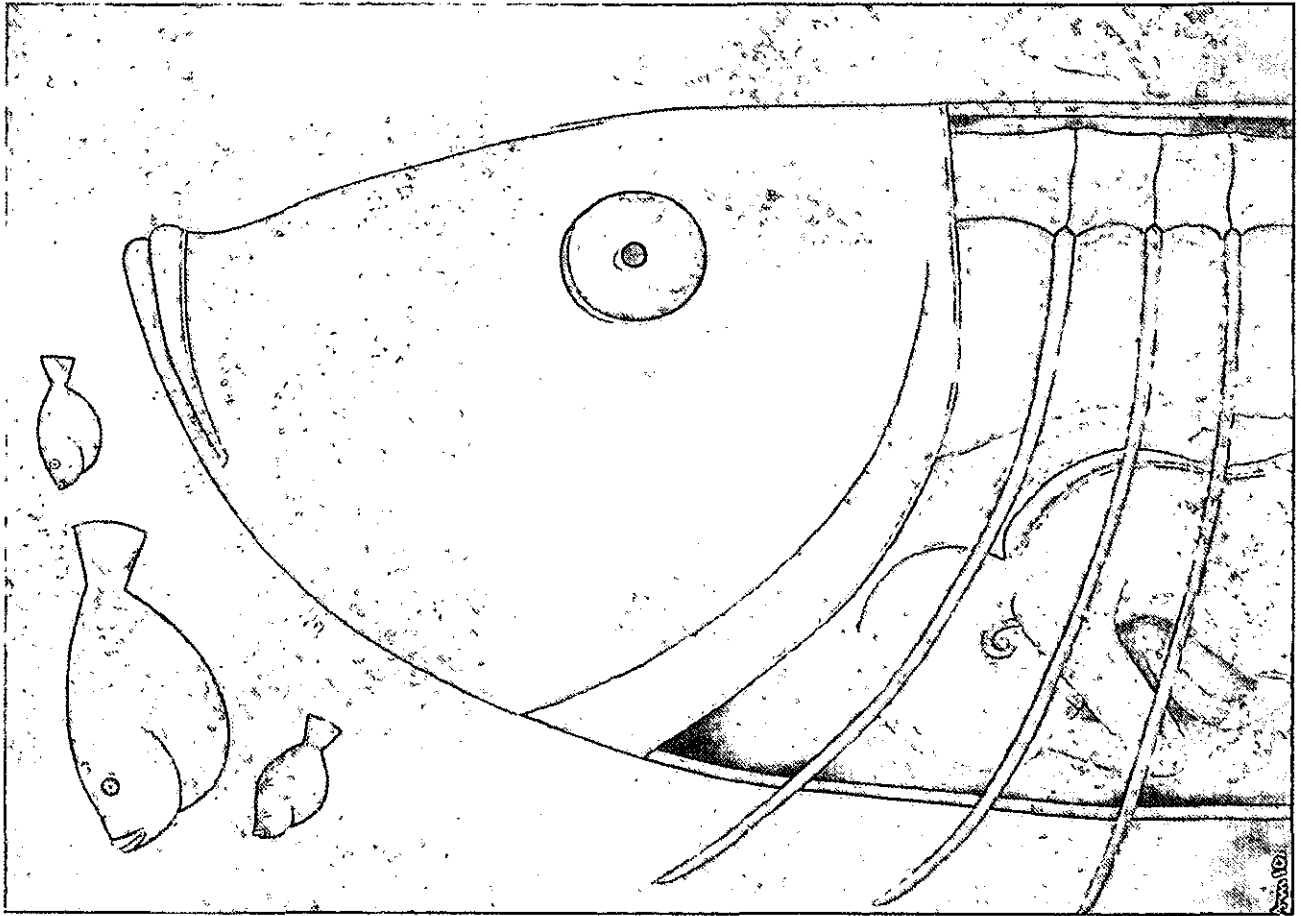


El Cristo de las aguas

Crónica del Olvido
desde Calamar, Bolívar



Ali Rahamad

F

rancisco Castillo tiene a bien estar sin camisa en su casa, mirando la televisión en un LCD que desentona con el entorno modesto de la sala sin cielo raso y piso de cemento pulido, medio oscura por la sombra eterna que tiende el almendro de la puerta de la calle. No más es que vea que vienen a visitarlo para que busque con qué cubrirse el pecho. Apura a brindar una silla plástica a cualquiera que llegue a preguntarle en qué año fue que el riel del ferrocarril se incrustó en la bonga, si fue verdad que existió un peluquero mentiroso como Satán, cuándo fundaron a Calamar, que si él mismo fue testigo de los hidroaviones que acuatizaban en el río Magdalena, o a los que llegan a gorrear sombra. Siempre habla con la cabeza un tanto inclinada hacia atrás, amenazando con el mentón al que tenga al frente. Mira con ojos casi transparentes, brillantes como una canica expuesta al sol. Es un hombre de raíces en los pies. Es un árbol de setenta y ocho años bien contados que lo único que tiene de viejo es el entendimiento.

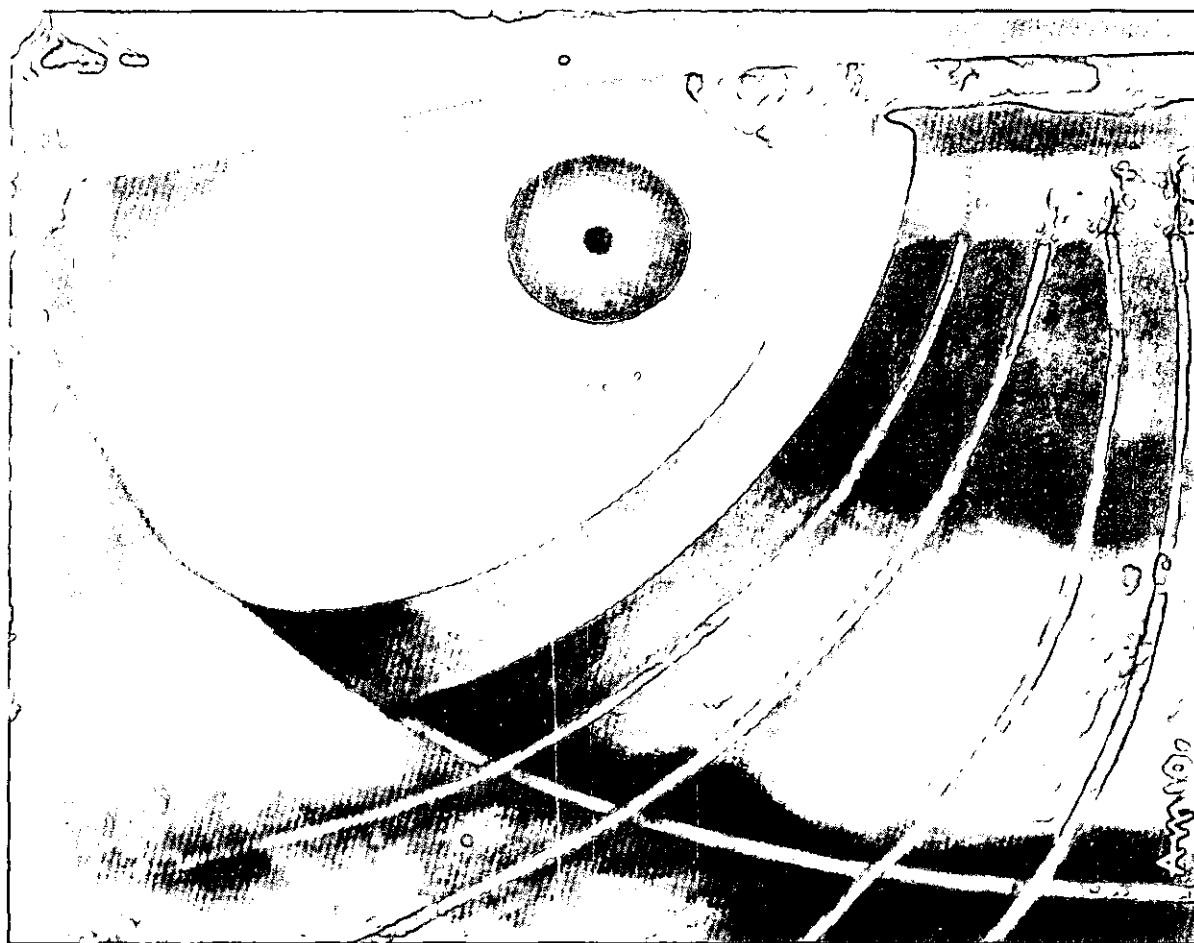
Camina recto y si alguna vez se le ve corvo es porque le da la gana de mirar para abajo. De tantas cosas que ha visto y vivido, su sabiduría popular está más robusta que siempre y se ha dedicado a escribir en su memoria incólume la historia de Calamar. Confiesa que en todo su andar por esta vida de pueblo nunca le había tocado vivir una creciente así. «Vea, esta creciente fue una vaina, nojoda...», así decide comenzar su cuento que no es tan cuento, sino el testimonio viviente de un pueblo que, dicho por sus palabras mascadas por la experiencia, lo salvó Dios.

En tiempos de creciente, Francisco se levanta cuando no es ni de noche ni de madrugada. A eso de las tres de la mañana se va en su bicicleta casi prehistórica a la Calle del Comercio, que queda a la orilla del río, para medir con su vara la profundidad de las aguas. Esa es la hora cuando el cuerpo del Magdalena se alisa, dando la impresión que se

puede caminar sobre él. El nivel sube de siete a diez centímetros diarios. Sin embargo Francisco, cuando el pueblo amanece y le pregunta si subió o bajó, decide mentir para sembrar esperanza en la gente.

-Subió tres.

Y es que no podía ser de otra forma. La gente tenía la fe en las rodillas y los buses salían del pueblo atestados de niños y ancianos. Ese fue un diciembre amargo para muchos e infeliz para todos los calamarenses. Los niños no entienden unas vacaciones encerrados en casas de Barranquilla o Cartagena, los viejos saben de sobra que en los edificios no hay cómo sentarse en la puerta de la calle. En el pueblo la gente que tenía facilidades alquilaba casas en municipios alejados del río para guardar sus muebles y cosas de valor. Aquellos que tenían casas de dos plantas



Ali Rahamad

subían todo y, si sobraba algún espacio, guardaban lo que podían a sus vecinos. La mayoría de las casas tenían un muro de por lo menos un metro de altura en las puertas. Las personas adquirieron destrezas de atleta para entrar a sus viviendas, poniendo cajas de plástico de lado y lado del muro. Pero después de pasar esos obstáculos de medallistas, muchos habitantes del pueblo tenían que lidiar con el agua que aparecía como por generación espontánea en las habitaciones de las casa. Se rezumaba entre las baldosas, humedecía las paredes y casi todo parecía que le hubieran echado una palangana de agua. Los patios se volvían unos pantanos, parideros de sapos y culebras, pistas resbalosas de verdolaga donde mi abuela se partió la muñeca izquierda por ir a la batea.

En los baños antes de sentarse en el retrete primero se debe mirar para abajo por si hay alguna culebra saliendo de ahí. Además, como el pueblo no tiene sistema de alcantarillado, las pozas se llenan de agua del río y los inodoros no bajan con palanca. Aunque cada baño puede tener su caso particular. En algunas casas, en la mía, por ejemplo, solo baja en horas de la mañana echándole un baldado de agua con fuerza, por un segundo queda seco, como tomando aire, acto seguido parece que cogiera gárgaras, en un ruido de sancocho cogiendo punto y después exhala de su boca (¿inodora?) un vaho a amoníaco que empesta todos los cuartos. Una vez mi papá, después de su sagrada deposición matutina, quiso calmar el olor encendiendo una vela. Lo que consiguió fue un incendio de dos segundos que le quemó el bigote y dejó ahumado el cielo raso del baño.

Otras personas tenían que obrar en bolsas que después pararían al río Magdalena, basurero común de más de medio país. La gente para orinar optaba más que todo por el patio. Algunos hombres ingeniosos, y gracias a su analogía anatómica con la manguera, podían aliviar la vejiga en el lavamanos y después echar un poco de agua para eliminar el rastro. Pero la mayoría simplemente decidía orinarse el bacín y crear un guarapo fermentado con los orines rancios de los habitantes de la casa.

Calamar completo daba la impresión de un pueblo fantasma que había apurado la tragedia, se había muerto antes que el río se metiera y se hubiera llevado a la mitad de la población. La gente dormía con los ojos abiertos y algunos con el salvavidas a la mano, por si llegaba la hora que tanto se temía. Pero Francisco salía a la calle a decirle a la gente que no se fueran del pueblo, porque ahí sí era verdad que iba a desaparecer. Si había un éxodo masivo entonces no habría quién tapara con presteza los huecos por donde el río se intentara meter, nadie llenará sacos con



arena para evitar las filtraciones y darle más fuerza a la muralla, ni hubiera cuerpo humano que batallara con los remolinos que se hacían en la orilla del río y se empezaban a comer la tierra. Al río había que hacerle frente con base en las crecientes fatales de décadas anteriores y para eso, antes que ingenieros gringos y cachacos, se necesita tener a la mismísima historia encima.

Calamar está en el noroeste de Bolívar, a 110 kilómetros de Cartagena y a 80 de Barranquilla. La fundación formal del pueblo fue el primero de enero de 1848. El historiador local Victorino Martelo, dice que es posible que a Calamar hayan llegado familias huyendo de la Guerra de los Conventos; también es probable que se hayan instalado los obreros que trabajaban en la tercera boca del canal del Dique, finalizada en ese mismo año. En 1916, cuando todavía no había muralla alguna, se inundó el pueblo. «Como fue frente a la casa de Zaida Merlano por donde se metió el agua —dice Francisco con convicción, como si hubiera estado ahí para verlo— entonces le decían al boquete *el chorro de Zaida*». Entre los calamarenses se creó una comisión para pedir ayuda al departamento. El parlamentario Faraón Pertuz gestionó la suma de 10 mil pesos que fueron administrados por Luis Alberto Pérez, “El Cubano”. En la construcción trabajaron, entre otros, Epifanio Vega, Eparquio González y Arturo Dimas.

Pero el problema se solucionó a medias. El pueblo estaba a salvo del río Magdalena, pero de ahí mismo se desprende el canal del Dique que llega hasta Cartagena. Por lo tanto Calamar lidia por la parte oriental con el río y por el norte con el canal del Dique, que se fue sedimentando año tras año silenciosamente hasta que entre el año 1969 y 1970 se colmó de agua y se inundó lo que en Calamar se conoce como El Playón, una extensión de tierra que queda pasando la carretera Oriental que en ese entonces no existía. A falta de carretera habían construido un terraplén para que el agua no se metiera por el costado occidente del pueblo. Pero la gente dice que había un tipo de apellido Teherán que se le estaba llenando de agua la casa y mandó a abrir un boquete en el terraplén en horas de la madrugada para no ser el único desdichado.

De esa creciente de años psicodélicos se fue tanta gente como pudo, como en los tiempos de Abraham. Los más folclóricos pasaban amaneceres borrachos y cantando vallenatos montados en las canoas que los paseaban por las calles venecianas del pueblo. Pero en este diciembre no había quien pudiera sonreírle a la contrariedad, a ese río que pasaba anunciando su furia con su cantata baritonil, dando la impresión que entre las aguas aúllan espantos.

Las hijas de Francisco que viven en Venezuela lo llamaban a diario rogándole para que se dejara sacar de ese pueblo condenado por la naturaleza, pero su respuesta era tajante, valiente y terca:

Si me llevan para allá lo que me buscan es la muerte. Yo allá no me hallo. Además, si me voy, ¿quién le va a dar ánimos a la gente para que siga trabajando por el pueblo?

Los calamarenses se volvieron incansables. Las murallas eran patrulladas de cabo a canto las veinticuatro horas. Se establecieron cuadrillas que se dividían por sectores y oficios. Hasta mujeres y niños aprendieron con presteza a llenar sacos con arena y amarrarlos, mientras otros traían ladrillos, preparaban mezcla y repellaban. También de casa en casa, pedían dincro para cigarrillos y ron (para mantener el entusiasmo ardiente), vituallas para las comilonas y dinero para darle a las cuadrillas.

En una de esas jornadas acabarropa, un niño, en cuyo cuerpo diminuto se encapsaban apenas cinco años, recogió plata para comprar unas panelas para un guarapo comunal. Después de meterlas en una olla de agua, cayó en cuenta que faltaban los limones. Entre la recua que luchaba contra el río Grande, le dijo a un muchacho que fuera

donde Génova (a dos o tres casas más allá) para que le regalara unos limones. Cuando el mandadero trotaba a su destino, el niño tuvo un haz de brillantez en la mente y gritó con la fuerza de su edad contabilizable con los dedos de la mano:

¡Y dile que te los parta!

El trabajo y las manos a la obra se mancornaron con la fe en Dios que es lo único que se sabe ha podido unir a este pueblo. Cuenta Francisco que, en su habitual cita de amor con el río, en una de esas madrugadas orquestadas por grillos y chicharras, encontró a El Bembi por el mercado. El Bembi, cuyo nombre de pila no viene al caso, es vendedor de bolis que vocifera mientras hace como chivo, perro o burro: ¡De guanábana! ¡De *taramindo*! ¡De galleta con leche Klim! Es un negro de cabello casi rojizo por tanto sol, belfo rayando en lo caricaturesco y embustero como él solo. Entre las tantas hazañas que les permite su hipérbole, se ufana de haber tumbado al Bon Ice con sus bolis recién bautizados *Bembais*.

A ese monumento embetunado, de garganta onomatopéyica, fue el que encontró el viejo Castillo en la Calle del Comercio. Orando. Tratando de hacer que Dios le escuchara sus súplicas. Tal vez es la única vez que alguien pueda decir que ha visto hablando en serio a ese negro jarocho.

¡Señor, tú fuiste salvado por tu padre cuando niño!
¡Salva a los niños de este pueblo de una tragedia!

La gente se la pasaba bajando santos del cielo. Le rezaban a toda la cuadrilla celestial que hay en el calendario católico. A San Antonio que es el patrono de la alcaldesa; a San Bartolo, santo reconocido en el pueblo por las lluvias de gotas alfileradas que manda; a la Inmaculada, por ser la patrona del pueblo por decreto de la Iglesia; a la Virgen del Carmen, señora natural de Diomedes. Las católicas apostólicas y calamarenses de largo trayecto, de esas que mandan más que los curas, se reunían un día en casa de una, otro día donde aquella, para desgranar Ave Marías con sus voces de ovejas trasquiladas.

Casi que en cada barrio hay un pequeño parque donde se entroniza una virgen, enjaulada por su seguridad (¿para mantener su condición de inmaculada?), a veces cargando un Divino Niño. Por eso, aquellos lugarcitos de bancas y luces apagadas, donde la imagen sagrada de yeso cierra los ojos para no ver a los novios quererse y tentarse en las noches, son reconocidos como *La Virgencita*. En cada virgencita se reunía la gente de los sectores a rezar rosarios

en horas de la madrugada. A pedir por la absolución de ese pueblo, para que no se lo arrastrara el río.

Las otras religiones hicieron lo propio. Evangélicos, testigos de Jehová y adventistas (lo que le falta a este pueblo es el Islam) clamaban al Dios de los cielos en sus casas de oración. Incluso la fantasía de la gente tuvo tiempo de crear, entre tanto trajín para salvarse, a un viejo misterioso que todos comentaron pero nadie pudo decir que lo vio. Según cuenta la leyenda recién inventada, el viejo dijo que se iba de Calamar porque no podía hacerlo hundir, como lo hizo con Campo de la Cruz, ya que la gente oraba a toda hora. Entonces Calamar pasó a ser, de cobarde y fatalista, a un municipio con el vaso de la fe medio lleno o medio vacío, porque de igual forma no regresaban los niños y los ancianos, y la gente esperaba cualquier cosa.

A la gente de Campo de la Cruz se le metió el tema que los calamarenses habían partido la carretera de Santa Lucía, que se conecta con la Oriental. Los más fantasiosos, que son los muchos, llegaron a decir que habían echado un ácido para que se corroyera la vía. Lo que sucedió fue que los ganaderos que tienen sus tierras al lado de la carretera -frente al Canal del Dique- ideaban sistemas de riego poniendo tuberías por debajo de la vía a Santa Lucía. Toda la fuerza del agua se coló por debajo del asfalto que colapsó con un ruido de dinamita. Silvio Eljaiek y Eliecer Noriega pasaban en moto cuando sintieron una explosión. Silvio, que estaba de parrillero quiso grabar con la cámara de su celular el boquete recién creado por el Dique. Pero la furia de las aguas no daba tregua y se comía con rapidez el pavimento, por lo que tuvo que seguir de largo junto a su compañero. A Calamar llegaron con el cuento. Así se formó, un treinta de noviembre, con nombre incluido, el Chorro de Santa Lucía.

** Jassir Eljach*

Egresado del Programa de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena y director del programa Pentagrama de U de C Radio. Cronista de historias del Caribe y de la sabiduría popular expresada en lo cotidiano.